

TRAYECTO HACIA LA MEMORIA

Ella era la mujer de su vida. A pesar de sus años, él la seguía viendo bellísima, con aquellos preciosos ojos verdes, con aquella melena, que era negra hace ya... más tiempo de la cuenta, y que, pese a estar hoy cubierta de plata, a él le seguía encantando. Y sobre todo con aquella sonrisa que seguía manteniendo prácticamente igual que cuando se conocieron. Una sonrisa cautivadora.

Pero ella ya apenas sonreía. Afectada por esa maldita enfermedad que se lleva los recuerdos por delante, se pasaba casi todo el día con una triste expresión de extrañeza y de desconocimiento de todo lo que le rodeaba.

Por eso él, que pasaba la mayor parte del tiempo junto a ella, todos los días la arreglaba y, cogiéndola del brazo, salía junto a ella a dar un paseo. Recorrían las calles del barrio por las que habían transitado tantas veces. Pero ella continuaba la mirada perdida.

Él, cada día, realizaba el mismo ritual a la espera de idéntico resultado. Llegaban juntos a la parada, casi siempre a una hora en la que él sabía que no habría mucha aglomeración de pasajeros, y él la colocaba allí, pegadita a la marquesina. Cuando llegaba el autobús, casi no tenía que hacerle ninguna indicación: ella, tomando las debidas precauciones debido a su edad, accedía al interior del vehículo y se sentaba en la primera de las filas de asientos detrás de la puerta central del vehículo. Él se separaba algo de ella y se solía colocar de pie, a unos metros de distancia, pero fijando su mirada en aquellos ojos color esmeralda que lucían en su cara.

En su trayecto, el autobús recorría el itinerario que tantas veces hicieron muchísimos años atrás. Y, como si fueran esas hojas del calendario que ya habían ido arrancándose del mismo, se iban desgranando una a una las diferentes paradas: Torneo, Resolana, Macarena, Ronda de Capuchinos, Puerta Osario...

Hasta que, cuando el autobús pasaba la Puerta de la Carne y se dirigía hacia la Pasarela, ocurría el milagro: ella, que durante todo el recorrido permanecía con su mirada perdida en la nada, conforme el bus alcanzaba la zona de los Jardines de Murillo, levantaba su mirada y parecía despertar a la realidad. A continuación, giraba su cabeza hasta que sus ojos se encontraban con los de él y, de repente, su cara se le iluminaba y su maravillosa sonrisa resplandecía para pronunciar una única palabra: “¡Paco!”

Entonces Paco se acercaba a ella, esperaba a que el autobús se detuviera, la cogía por el brazo y le ayudaba a bajar del autobús. Y entonces, todos los días, le decía la misma frase: “María Luisa, ¡qué guapa estás!”

María Luisa, a continuación, depositaba un cariñoso beso en la mejilla de Paco. Lo cogía del brazo y ambos se alejaban caminando hacia su casa.

Y Paco, con los ojos humedecidos, empezaba a desgranar los minutos que faltaban para su recorrido del día siguiente...

29/08/2015

Gato